Apuntes para una sociología ambiental

Por Maritza Islas Vargas

Nociones clave: Sociología, relación hombre-naturaleza, epistemología ambiental.

La crisis ecológica global y la puesta en peligro de la vida en el planeta, ponen en cuestión entre muchos aspectos más, el alcance y fines del conocimiento científico moderno.

Hay una opinión cada vez más generalizada de que las ciencias no están dando resolución a las problemáticas urgentes de la sociedad, sino que están respondiendo a objetivos y necesidades no vitales para la supervivencia humana pero sí importantes para la conservación del sistema económico, político y militar actual.

El desarrollo tecnológico y los avances especialmente en las ciencias denominadas exactas, están originando más problemas de los que resuelven, impactando en las condiciones físicas en las que nos desenvolvemos y en la vida social de la humanidad.

La idea de progreso ilimitado instaurada por la modernidad - entendido como el avance de las fuerzas productivas, así como el aumento de los flujos de producción, circulación y consumo- presente en la ciencia, en la política, en la economía e incluso en los imaginarios cotidianos modernos, ha opacado el hecho de que existen límites naturales que lo impiden.

La escasez del agua, la deforestación, la desertificación, la pérdida de biodiversidad, la degradación ambiental, son procesos socialmente producidos; definidos y motivados por una racionalidad particular sustentada en el principio económico de obtención de ganancia. En la búsqueda de ganancias, corporaciones, Estados y sociedades han omitido voluntariamente una serie de obviedades:

- a) La producción de cualquier mercancía requiere la extracción de recursos naturales (agua, minerales, energía, combustibles fósiles, flora).
- b) El aumento del consumo y/o de la producción de mercancías agudiza dicha extracción.
- c) La transformación de energía y materiales en productos origina residuos.

d) La naturaleza tiene un carácter finito.

e) Los ciclos de la naturaleza no están regidos por la misma lógica ni por la misma velocidad que los ciclos del capital.

La crisis ambiental es la crisis de un tipo de conocimiento que ha creado formas insustentables de vivir, entender y consumir el mundo (Leff, 2011) pero también del desconocimiento de los límites naturales de nuestro planeta; desconocimiento entendido no como ignorancia sino como negación.

En el caso de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular, las cuestiones ambientales han permanecido ausentes durante mucho tiempo. Su origen y construcción siguió las reglas del método científico desarrollado por las ciencias naturales pero se desvinculó de la relación que la sociedad posee con el entorno natural en el que vive. Los moldes científicos y los objetos de estudio fueron asignados y la naturaleza quedó fuera del alcance del conocimiento sociológico del mainstream.

Esta escisión teórica entre sociedad y naturaleza, derivó en la construcción de un tipo particular de conocimiento con consecuencias negativas concretas en el plano de lo cotidiano. La naturaleza fue presentada por las ciencias naturales como un “objeto” supeditado al control y a la manipulación humana, ajeno a la sociedad, extraño a las prácticas diarias y sujeto a la explotación ilimitada; omitiendo las afectaciones sociales que se desprenden de estos procesos. Este marco conceptual sirvió de justificación teórica y social para el capitalismo y la apropiación por parte de éste de dos elementos vivos: el ser humano y la tierra.

El trabajo humano y la naturaleza abandonaron su papel como condiciones para la vida y adoptaron un doble rol, el de mercancías y el de condiciones de producción. El primero, es de carácter ficticio (Polanyi, 2003, 186), es decir, se les trata como mercancías aun cuando no son producidas como tales; sólo en un sentido ficticio se les puede ver como valores de cambio; dicho de otra manera, no son mercancías producidas sino elementos que se apropia el capital a partir de precios artificiales, salario para el caso del trabajo y renta para el caso de la tierra.

III Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales

La mercantilización del trabajo humano y de la naturaleza contribuyó a la eliminación de las barreras culturales que impedían la explotación intensiva de ambos; impulsó la disociación entre el hombre y su entorno natural; la disgregación de los elementos que conforman a la naturaleza y en general la apropiación de la vida por parte del capital

A los sujetos no sólo se les despojó de su fuerza de trabajo, también se les enajenó de su relación con la naturaleza y de todos aquellos valores simbólicos que ésta pudiera tener. La naturaleza se extrajo de la esfera de lo común para privatizarse ya sea por el consumo, la apropiación y/o la contaminación.

Nos dice James O' Connor: "Con el desarrollo temprano del capitalismo (hacia 1500-1800), la idea dominante de naturaleza cambió de manera drástica. Los conceptos de la misma como un todo orgánico fueron remplazados por el concepto de naturaleza como el "agregado de cosas". Era vista cada vez más, como una estructura mecanicista que (igual que cualquier mecanismo) podía disgregarse o separarse, y después reconstruirse de diversas maneras (...) la naturaleza y la naturaleza humana fueron separadas rigurosamente en el pensamiento dominante de la época" (O'Connor, 2001: 40).¹

El pensamiento dominante al eliminar ficticiamente el nexo de interdependencia existente entre cada uno de los seres que habitan el planeta, nulificó la condición insustituible de los elementos que conforman el entorno natural, así como el carácter invaluable que adquieren para la sociedad; ignoró el vínculo que múltiples comunidades forman con la naturaleza, el cual incluye aspectos simbólicos y de supervivencia y con ello se deshizo de los límites conceptuales que impedían la explotación ilimitada de la vida contenida en la naturaleza y en el trabajo humano. La introducción de la naturaleza a la lógica de mercado implica un cambio conceptual con expresiones destructivas concretas.

Esta concepción de la vida como un objeto divisible continúa hasta nuestros días y es muy clara en los intentos de valorar económicamente un ecosistema a partir de la división de los servicios que provee al ser humano, como por ejemplo: la venta de los llamados bonos de carbono.

III Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales

Al aislar las cuestiones sociales de las naturales, múltiples problemas quedan con vacíos explicativos enormes. Los aportes de la sociología clásica (Marx y Weber) sobre la cuestión ambiental², han sido ignorados por muchos de los investigadores que hoy construyen el conocimiento sociológico; y esta ceguera ha derivado en la representación de una realidad distorsionada e incompleta.

En este sentido, considero que la crisis ambiental y los movimientos ecoterritoriales generados alrededor del mundo, fueron un impulso que obligó a la sociología a trascender sus límites disciplinarios tradicionales para encontrar las causas y posibles soluciones de tales problemáticas más allá de lo meramente social. La sociología *autocentrada en lo social* (Leff, 2011) ya no alcanza para explicar este tipo de conflictos.

Los efectos cada vez más destructivos del capitalismo plantean una realidad cambiante y problemática que exige de la sociología una apertura a nuevas posibilidades de análisis, a repensar el papel que juega en los procesos sociales y a reflexionar sobre su influencia en la construcción de una racionalidad distinta que nos encamine a la posibilidad de un mundo sustentable.

Frente a estos retos, se vuelve necesario adoptar la interdisciplinariedad como una práctica común en la construcción de conocimiento, tanto en la elaboración de preguntas como en la imaginación de soluciones de los problemas abordados³.

La sociología debe aceptar el carácter incompleto de sus conocimientos, debe extender las escalas de análisis, poder dar saltos entre lo global y lo local renunciando a la falsa ruptura entre ambos y asumir creativamente que la historia no está compuesta por procesos lineales sino por fenómenos complejos y dinámicos.

² Al respecto véase: Foster, John Bellamy, (1999) “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology” en *American Journal of Sociology*. Vol. 105, número. 2. Septiembre 1999, pp. 366-405. <http://www.unc.edu/courses/2008spring/geog/804/001/210315.pdf> y Foster John Bellamy, y H. Holleman, (2012) “Weber and the Environment: Classical Foundations for a Postexemptionalist Sociology” en *American Journal of Sociology*. Vol. 117, numero 6. Mayo 2012, pp. 1625-1673. En estos trabajos Bellamy Foster realiza un análisis de las contribuciones de Durkheim, Marx y Weber a la sociología ambiental, desmitificando la idea de que las problemáticas ecológicas y la naturaleza no figuran en el conocimiento sociológico clásico.

³Para abordar con mayor amplitud esta propuesta véase García, Rolando, (1994) “Interdisciplinariedad y sistemas complejos” en Enrique L. (comp.), *Ciencias Sociales y Formación Ambiental*. España, Editorial Gedisa/UNAM. <http://www.ambiente.gov.ar/infoteca/descargas/garcia01.pdf>

No podremos enfrentarnos a la crisis ambiental si nuestra perspectiva de la realidad es fragmentada y estática, es decir, si no salimos de la escisión tradicional entre disciplinas, si no podemos dar cuenta de cómo los problemas ambientales influyen en la vida social y viceversa.

Los apremios ambientales exigen la construcción de nuevas explicaciones que superan los conocimientos ya construidos. El ecomarxismo desarrollado por James O' Connor; la economía ecológica y la discusión sobre los límites naturales; la bioeconomía de Georgescu-Roegen; la racionalidad ambiental problematizada por Enrique Leff, son intentos significativos por tratar de explicar una realidad poco conocida, a partir de una mirada creativa que reconoce la totalidad del problema sin ignorar las repercusiones de la crisis global en la vida cotidiana de miles de seres humanos, lo que Wright Mills esboza como *imaginación sociológica*, dicho de otro modo, la habilidad intelectual para definir cómo los problemas locales están determinados por dinámicas y estructuras globales y de esta forma orientar la acción social de los sujetos en resistencia, potenciales constructores de una racionalidad distinta a la que nos ha llevado a la crisis social y ambiental en la que estamos inmersos.

La racionalidad científica como modelo global por excelencia, como “común denominador del pensamiento serio” y como “fuente de seguridad intelectual” (Mills, 2003:33) ha negado la utilidad y el carácter racional de otras formas de conocimiento que no siguen los mismos principios epistemológicos.

Sin embargo, las manifestaciones sociales contra las prácticas destructivas del capital se vienen desarrollando justamente por parte de sujetos históricamente silenciados, motivados esencialmente por la defensa del ambiente y por tanto de la vida, cuestionando la racionalidad hegemónica y reivindicando la importancia de aquellos saberes emergentes, ocultados y suprimidos, al igual que la valía del sentido común.

La recuperación de dichas subjetividades es indispensable en la construcción de esta nueva sociología, el entendimiento de cómo los sujetos van incorporando en sus mundos de vida, problemáticas como el cambio climático y la devastación ambiental, asumiendo tareas concretas en la definición de imaginarios sustentables que se van entretejiendo de manera colectiva.

Esta nueva sociología tiene como base lo que Boaventura de Sousa Santos (2009) denomina *epistemología de las ausencias*, es decir, una actitud epistémica que permita acercarnos a aquellas formas de conocimiento que no entran dentro de los cánones científicos y que constituyen formas rivales alternativas, generalmente provenientes de los grupos marginados y silenciados por la racionalidad dominante, que puedan acercarnos a la construcción de una racionalidad incluyente, a una *racionalidad ambiental* (Leff, 2011⁴) que nos permita visualizar la diversidad de prácticas sociales que se encuentran más allá de las dinámicas del capital.

La aparición de otras conceptualizaciones sobre la naturaleza -especialmente pero no únicamente por parte de los pueblos de las periferias afectados por la lógica del capital- que recuperan los valores intrínsecos de la naturaleza independientemente de los asignados por los seres humanos; aquellas que propugnan por una visión biocéntrica antes que antropocéntrica o que le conceden a la naturaleza un valor religioso, estético, ecológico y/o cultural. Bajo este contexto la naturaleza adquiere valoraciones distintas, muchas de ellas opuestas entre sí.

Frente al individualismo metodológico en el que se sustentan las políticas ambientales que diseña el Estado o las propias corporaciones, ocultando el hecho de que las responsabilidades son diferenciadas y que los mayores y peores impactos provienen de la acción global del capitalismo corporativo, lo que debemos buscar es ligar al individuo con su colectividad, con su contexto y con su historia, reconocer la importancia de la acción

⁴ Si bien propuestas como la de la interdisciplina o la racionalidad ambiental suenan atractivas y convenientes en el plano teórico, su ejecución en lo práctico resulta sumamente difícil, en especial porque los saberes, posturas y valoraciones sobre la relación naturaleza-sociedad son diversas e incluso opuestas entre sí. Sin embargo, me parece que hay un valor que debe servir como punto de partida articulador de todos y este es la defensa de la vida en el planeta.

social como freno a la devastación ambiental sin pretender imponer un falso optimismo en el que los sujetos comunes y corrientes pueden transformar con acciones cotidianas individualizadas una compleja realidad global, sino asumiendo los límites que la estructura actual nos impone pero también las posibilidades de cambio; dándonos cuenta que los problemas ambientales están determinados por una racionalidad específica, por una dinámica global concreta y que es un problema cuya solución es colectiva.

La sociología ambiental exige una ruptura epistemológica importante, que implica la ecologización de su objeto de estudio y un rompimiento con el conocimiento preconstruido, que nos permita superar el desfase y no correspondencia existente entre los cuerpos teóricos y la realidad. Lo anterior implicará la superación de la falsa escisión entre naturaleza y sociedad, la observación de los conflictos socio-ambientales, el replanteamiento del conocimiento que nos ha llevado a la crisis social, económica, ambiental y política que vivimos, la deconstrucción de los marcos jurídicos e institucionales que no han coadyuvado a salir de esta crisis polifacética y la configuración de los saberes ya existentes (ecología política, ecomarxismo, ecología profunda, economía ecológica) con nuevos saberes en la búsqueda de una sociedad sustentable.

Tomar conciencia del grave riesgo que corre la vida humana en el planeta no es sólo estar informado de ello, sino es un saber y un hacer un camino distinto.

Luego entonces, la pregunta que se nos aparece es ¿cómo formularemos los *problemas* ambientales y las *inquietudes* de los individuos como problemas sociológicos? Esta es una de las principales tareas a la que nos enfrentamos.

La respuesta a este problema no la encontraremos en el *pensamiento teórico* sino en el *pensamiento epistémico* (Zemelman, 2004), la diferencia entre uno y otro radica en que mientras el primero es un discurso con contenido, predicativo sobre la realidad, dicho de otra manera, es un pensamiento con proposiciones ya estipuladas; el *pensamiento epistémico* no tiene un contenido determinado, en este tipo de pensamiento lo importante son las preguntas, la capacidad de observar las situaciones sin atribuirles cualidades y

propiedades de facto, analizar si podemos nombrarlas con lo que ya conocemos o si sus características y dinámicas piden denominaciones nuevas.

El *pensamiento epistémico* permite no quedar aprisionados por los conceptos ya existentes para analizar realidades cambiantes y en cambio, avanzar en la búsqueda de significados que correspondan a lo que estamos enfrentando, visualizando las posibilidades de contenido que podemos encontrar en la realidad.

Este posicionamiento implica que no tenemos objetos ya contruidos sino problemas por construir, es decir, fenómenos que no conocemos y que por lo tanto no podemos nombrar con conceptos contruidos para situaciones ya conocidas, esto no implica renunciar a los aportes teóricos anteriores sino resignificarlos y considerarlos pero sin ataduras.

Lo que necesitamos en estos momentos de emergencia y crisis es “construir el conocimiento de aquello que no se conoce, no de aquello que se conoce” (Zemelman, 2004:27) y cabe agregar de aquellos problemas urgentes y vitales para la sociedad.

Las modas intelectuales presentes en un tipo de sociología banalizada, han dejado de lado los grandes problemas de su país, de su región para concentrarse en pequeños asuntos que nada tienen que ver con las preocupaciones colectivas, excluyendo y renunciando lo político y la crítica del orden social actual. “No el trabajo de los niños, sino los libros de historietas, no la pobreza, sino el ocio en masa, son los centros de interés” (Mills, 2003: 31).

El sociólogo como cualquier persona, está inmerso en una sociedad determinada y por tanto, nada de lo que en ella suceda le puede ser ajeno, si el investigador pretende ocultar este hecho en pro de una supuesta objetividad, la neutralidad que aparentemente guía su trabajo es una simulación. Incluso cuando asume un distanciamiento a determinadas problemáticas ya está tomando una postura con consecuencias sociales y políticas precisas.

Y termino la ponencia con una cita extensa del sociólogo Pierre Bourdieu, la cual me parece esclarecedora sobre los retos de la sociología en la construcción de conocimiento.

“La sociología es en plenitud una ciencia, pero una ciencia difícil. Al contrario de las ciencias consideradas puras, ella es por excelencia la ciencia que sospecha de no serlo. Hay por ello una buena razón: produce miedo porque levanta el velo de cosas ocultas, incluso reprimidas (...) la sociología muestra que el mundo científico es el lugar de una competencia que está orientada por la búsqueda de beneficios específicos y conducida en nombre de intereses específicos (...) Una de las maneras de zafarse de las verdades molestas es decir que ellas no son científicas, lo que quiere decir que ellas son “políticas”, es decir, suscitadas por el “interés”, la “pasión”, por lo tanto relativas y relativizables (...) Una de las dificultades mayores reside en el hecho de que mis objetos son espacios de lucha: cosas que se esconden, que se censuran, por las cuales se está dispuesto a morir” (Bourdieu, 2002: 29).

Referencias bibliográficas.

Bourdieu, P., (2002) “La sociología, ¿es una ciencia?” Entrevista con Pierre Bourdieu” en *Memoria*. Número 158. Abril, 2002, pp. 28-30.

Foster, John Bellamy, (1999) “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology” en *American Journal of Sociology*. Vol. 105, número. 2. Septiembre 1999, pp. 366-405.
<http://www.unc.edu/courses/2008spring/geog/804/001/210315.pdf>

Foster, John Bellamy, y H. Holleman, (2012) “Weber and the Environment: Classical Foundations for a Postexemptionalist Sociology” en *American Journal of Sociology*. Vol. 117, numero 6. Mayo 2012, pp. 1625-1673.

Leff, E., (2011) “La sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia “otro” programa de sociología ambiental” en *Revista Mexicana de Sociología*. Número 1. Enero-marzo 2011, pp. 5 46. O’Connor, J., (2001) *Causas naturales. Ensayos de Marxismo Ecológico*. México, Siglo XXI Editores.

III Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales

Santos, Boaventura de Sousa, (2009) *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México, Siglo XXI Editores.

Wright, M., (2003) *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.

Zemelman, H., (2004) “Pensar teórico y pensar epistémico. Los desafíos de la historicidad en el conocimiento social” en Raquel, S. e Irene S. (comps.), *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*. México, Siglo XXI Editores.